

# Las emociones de la protesta: emociones afectivas y reactivas dentro y en torno a los movimientos sociales.

James M. Jasper<sup>1</sup>

La reciente oleada de trabajo cultural sobre movimientos sociales ha sido altamente cognitiva en su orientación, como si los investigadores no quisieran aún admitir que las emociones fuertes acompañan a la protesta. Pero dichas emociones no convierten al manifestante en irracional; las emociones acompañan a toda acción social, proporcionando a esta motivación y objetivos. Los movimientos sociales son influidos por emociones transitorias e inherentes al contexto, siendo a menudo reacciones a acontecimientos o a información, así como por lealtades y lazos afectivos más estables. Algunas emociones existen o surgen en individuos antes que estos se unan a grupos de protesta; otras se forman o se fortalecen dentro de la acción colectiva misma. Este último tipo se puede incluso dividir en emociones compartidas y recíprocas, entendiendo por emociones recíprocas los sentimientos que los manifestantes sienten el uno por el otro.

---

**Palabras clave:** movimientos sociales; protesta; emociones; sentimiento; participación política; alineación de marco; shock moral.

## Introducción

Las emociones han desaparecido de los modelos de protesta. Cuando las multitudes y el comportamiento colectivo, y no los movimientos sociales y la acción colectiva, eran el enfoque por el cual se estudiaba la protesta, las emociones eran centrales<sup>2</sup>. La frustración, el miedo, la alienación y la anomia no eran simples características fortuitas, eran, por el contrario, la

---

<sup>1</sup> 346 West 15th Street, New York NY 10011-5939 USA; email: JMJASPER@juno.com.

<sup>2</sup> Protesta y movimientos sociales no son exactamente lo mismo: pueden existir protestas individuales fuera de los movimientos organizados y puede haber movimientos (por ejemplo, muchos movimientos religiosos) que buscan el cambio social sin protestar en contra de las condiciones existentes (Jasper, 1997). Para mis fines los dos incluyen mucho de las mismas dinámicas emocionales, pero veo a la protesta como algo que también incluye procesos emocionales fuera de los cuales se pueden formar movimientos organizados.

motivación y la explicación de la protesta misma. Dichas imágenes fueron desplazadas hace treinta años por metáforas calculadoras, racionales, económicas y por organizaciones formales de corte teleológico para quienes los movimientos sociales eran sólo un medio más para lograr los fines deseados. En los últimos diez años, estas metáforas instrumentales han sido desafiadas desde una perspectiva cultural en la cual los manifestantes poseen una variedad de razones para conseguir un rango de objetivos, no todas siendo ventajas materiales para individuos o grupos. Los objetivos, intereses, e incluso las estrategias y oportunidades políticas, son vistas cada vez más como incrustadas y definidas por significados y prácticas culturales (Melucci, 1996; Jasper, 1997).

Bajo esta ola de investigación culturalmente orientada, se le ha dado considerable respeto a la racionalidad de los manifestantes. Estos saben lo que buscan, por más variado que pueda ser el sentido de esta búsqueda, y se disponen a conseguirlo. Este respeto podría ser la razón por la que la mayoría de investigadores culturales, a pesar de volver en cierto sentido a tradiciones de comportamiento colectivo, han evitado la cuestión de las emociones. Una variedad de conceptos culturales clave, como identidad, marcos de injusticia, liberación cognitiva, entre otros, han sido tratados como si fueran totalmente cognitivos, como si sus dimensiones emocionales apenas importaran. Si los manifestantes son emocionales, ¿son por ello irracionales? Los recientes investigadores parecen temer, de manera equivocada, que así es.

Las emociones impregnan toda la vida social, inclusive a los movimientos sociales. Las actividades diarias que consideramos más prosaicas y aparentemente neutrales pueden provocar reacciones emocionales violentas cuando se ven interrumpidas. Las acciones poco comunes involucran quizá más sentimientos que además poseen una naturaleza más compleja. Las emociones no sólo son parte de nuestras respuestas a los acontecimientos, sino que también —bajo la forma de profundas adhesiones afectivas— les dan forma a los objetivos de nuestras acciones. Existen emociones positivas y negativas, admirables y despreciables, públicas y ocultas. Sin ellas no habría acción social en absoluto. Categorizarlas como racionales o irracionales (mucho menos desecharlas como interferencias a la racionalidad) es profundamente erróneo. Podemos categorizar las acciones de los manifestantes, a menudo *post hoc*, como estratégicamente efectivas o equivocadas, pero rara vez como irracionales o racionales. Incluso el *sheriff* sureño que en un ataque de furia golpea a un pacífico manifestante que defiende los derechos civiles, aunque esté actuando bajo el influjo de emociones extremas y odiosas, antes que haber actuado

irracionalmente, ha cometido probablemente un error estratégico (al menos cuando ha sido grabado en video).

Al igual que las visiones morales y el entendimiento cognitivo, las emociones son parte de la cultura, y toda la vida social ocurre dentro y a través de la cultura. Aprendemos a vivir en sociedad (o no aprendemos) siguiendo sentimientos adecuados, de la misma manera en que aprendemos o no las creencias y valores de nuestra cultura local. Hay variaciones individuales en los tres aspectos de la cultura; Somos capaces de reconocer reacciones emocionales anormales y adhesiones tan rápido como reconocemos creencias anormales. Como ocurre con el resto de la cultura, existe una tensión entre las expectativas públicas y sistemáticas que tienen que ver con la expresión emocional, y las innovaciones individuales e idiosincrasias que se apartan de aquellas. Las emociones se aprenden y controlan a través de la interacción social, aunque nunca con absoluta efectividad.

De aquí en adelante abogaré por la el papel central de las emociones para lograr comprender una parte de la vida social: esos esfuerzos concertados y colectivos para cambiar algún aspecto de la sociedad que llamamos movimientos sociales. Primero discutiré qué son las emociones y particularmente hasta qué grado son definidas por el contexto y la cultura, de la misma manera que son definidos los significados cognitivos. Distinguiré emociones que son reacciones transitorias a acontecimientos externos y a nueva información (como el enojo, la indignación o el miedo) de afectos subyacentes positivos y negativos (tales como las fidelidades o temores hacia ciertos grupos, individuos, lugares, símbolos y principios morales) que ayudan a formar estas reacciones. Después distinguiré emociones de acuerdo con el contexto social que las crea y las forma, especialmente entre aquellas que se forman fuera de un movimiento organizado y aquellas que ocurren al interior del mismo. El primer grupo incluye sobre todo emociones que podrían conducir a los individuos a unirse e incluso fundar grupos de protesta; el segundo grupo incluye emociones que incitan a la acción, al sostén del grupo o a su extinción. Posteriormente examinaré de nueva cuenta una serie de momentos de protesta, conceptos que han sido estudiados como si fueran ante todo cognitivos, pero que muestran un intrincado momento emocional: shocks morales, alineación de marco, atribución de culpa, marcos de injusticia, identidad colectiva, liberación cognitiva, afiliación al movimiento y cultura, y declive y suspensión.

Este artículo ha sido pensado para ser una contribución conceptual y no empírica. (Para casos empíricos de protesta que acompañan esta discusión teórica, véase Jasper, 1997.) Si puedo demostrar que un número de conceptos y mecanismos probados dependen de las emociones como parte de su fuerza causal, esto debería establecer la importancia de las emociones en los movimientos sociales.

## ¿Qué son las emociones?

Las emociones no solamente acompañan nuestros más profundos deseos y satisfacciones, sino que los constituyen, permeando nuestras ideas, identidades e intereses. Son, en palabras de Collins (199:28), “el pegamento de la solidaridad y aquello que moviliza el conflicto”. En fechas recientes, los sociólogos han redescubierto las emociones, no obstante, estos aún tienen que integrarlas a la investigación empírica fuera de la psicología social. Un aspecto de esta renovación ha sido un énfasis en cómo las emociones son construidas culturalmente (y por ende ligadas a evaluaciones cognitivas) más que ser respuestas somáticas automáticas (y por ende potencialmente menos controlables o menos “racionales”). En la medida en que las emociones dependen de cogniciones, permiten más claramente el aprendizaje y la adaptación al propio entorno, es decir, a la racionalidad.

Escuelas de pensamiento más antiguas vieron a las emociones como sensaciones naturales —“sentimientos”— originadas en el cuerpo y más allá del control de aquellos que las experimentaban. En el lenguaje coloquial, se dice que la gente se deja “llevar por las emociones”, que está “bajo el control” de pasiones como los celos o el enojo. Los síntomas corporales que acompañan a las emociones, desde un incremento en la adrenalina hasta el enrojecimiento facial, son considerados como emociones en sí mismas, para las cuales tenemos un nombre específico. Bajo esta perspectiva, las emociones entorpecen nuestras más sabias intenciones e impiden la acción efectiva. Sin duda esto es cierto en ciertas ocasiones, como en el caso del *sheriff* sureño. Sin embargo, la gente comete errores cognitivos con la misma facilidad que errores emocionales. Muy probablemente más batallas estratégicas se han perdido a causa de errores en los procesos cognitivos que por errores emocionales. Los errores, además, no son necesariamente irracionales, son sólo errores.

Los construccionistas responden señalando a la considerable interpretación que requieren nuestros estados corporales, así como a la diversidad transcultural de las emociones<sup>3</sup>. Más que un simple conjunto de sensaciones internas, (¿son las sensaciones físicas que van de la mano junto a la molestia y la indignación, por ejemplo, distinguibles?) una emoción es una acción o un estado mental que tiene sentido sólo en circunstancias particulares. Averill (1980:308) describe a las emociones como roles sociales transitorios, a los cuales define como “un conjunto de respuestas socialmente prescritas que deben ser seguidas por una persona bajo una determinada circunstancia”. Las reglas que gobiernan la respuesta se componen de “normas sociales o expectativas compartidas respecto a un comportamiento adecuado”.

Bajo la visión construccionista, por ende, las emociones se constituyen más por significados sociales compartidos que por estados fisiológicos automáticos. Algunos teóricos argumentan que los cambios corporales están ahí, pero deben ser interpretados antes de que puedan convertirse en emociones; otros toman una postura más extrema, la cual dice que los cuerpos cambian sólo como respuesta a contextos culturales asociados con emociones particulares. Las evidencias de las muchas diferencias transculturales en las emociones parecen apoyar esta última posición. Sin embargo, la aparente existencia de varios universales, especialmente expresiones faciales de sorpresa, enojo, y miedo, sugieren un modelo construccionista más débil en el cual, mientras algunas emociones, o la mayoría, son construidas socialmente, también hay alguna expresión natural involucrada (Armon-Jones, 1986). Thoits (1989:320) distingue entre una fuerte versión del construccionismo —en donde no hay emociones básicas, universales— y una débil, en donde las emociones básicas pueden existir, pero no explican mucho. Las emociones primarias, tales como el enojo y la sorpresa, podrían ser más universales y estar más directamente unidas a estados corporales, mientras que las emociones secundarias más complejas, como la compasión o la vergüenza, podrán depender más del contexto cultural. Es a la vez posible que las emociones primarias sean más importantes en contextos cara a cara —del tipo que muchos interaccionistas simbólicos estudian— que en procesos políticos en marcha en donde las emociones secundarias, tales como la indignación o el orgullo, bien podrían ser más influyentes.

---

<sup>3</sup> Una colección de artículos que presenta explícitamente la posición construccionista es Harré (1986a). Otros trabajos útiles incluyen: Cancian (1987); de Souza (1987); Frijda (1986); Hochschild (1975, 1979); L. Lofland (1985); Lutz (1988); Oakley (1992); Rorty (1980); Solomon (1976); y para una visión general, Thoits (1989).

Ambas formas de construccionismo, el fuerte y el débil, unen las emociones a la cognición de varias maneras. Las emociones involucran creencias y suposiciones abiertas a la persuasión cognitiva. A menudo, cuando estamos molestos, se nos hace ver que nuestro enojo es una respuesta extrema a una situación, o que estamos simplemente mal informados. Las tramas de muchas obras o novelas, desde Shakespeare hasta Hardy, dependen de emociones “equivocadas” que se derivan de información incorrecta. Puesto que las emociones generalmente tienen objetos (tenemos miedo *de* algo), estas dependen, al menos parcialmente, de comprensiones cognitivas y evaluaciones de dichos objetos. Esto permite el aprendizaje y la adaptación. Si las emociones están unidas a creencias y contextos, entonces también están parcialmente abiertas a debate sobre si son apropiadas o no en un determinado momento. Ya que hay reglas culturales gobernándolas, a menudo las emociones pueden ser designadas como normales o anormales (Thoits, 1985, 1990). Incluso nuestras emociones viscerales, si las hay, están condicionadas por nuestras expectativas, las cuales se derivan del conocimiento sobre condiciones adecuadas en el mundo (Hochschild, 1983: 219-221).

Las emociones también están unidas a valores morales y surgen a menudo de lo que se percibe como infracciones a las reglas morales. De acuerdo con Harré (1986b:6), “el estudio de emociones como la envidia (y los celos) requeriría de especial atención a los detalles de sistemas locales de derechos y obligaciones, de criterios de valor, etcétera. En resumen, estas emociones no pueden ser estudiadas seriamente sin poner atención en el orden moral local”. Un contexto en el cual las emociones se desenvuelven es el de las narrativas humanas comunes, o lo que de Sousa (1987) llama “escenarios paradigma”. Justo como la muerte de un amigo nos conduce a través de varias etapas emocionales predecibles, otros acontecimientos inesperados o desagradables —tales como la planeación de una planta nuclear cercana— nos pueden llevar a la sorpresa, tristeza, enojo e indignación. Solomon (1976) incluso describe los roles que acompañan estas tramas: con enojo, tú eres el juez y la otra persona el acusado; con desprecio, tú eres puro e inocente, mientras la otra persona es vil y despreciable. Cada emoción implica una familia de términos que se pueden lanzar contra el oponente. Un organizador de movimientos sociales despliega un lenguaje diferente y despierta distintas emociones en sus escuchas si pinta a sus oponentes como inherentemente malévolos o bien intencionados, pero ignorantes (Vanderford, 1989).

La mayoría de los construccionistas se centran en emociones que representan respuestas temporáneas a acontecimientos e información, ya que estos están claramente unidos a la cognición. Pero las emociones también cubren sentimientos más duraderos del tipo que llamamos afecto o sentimiento: amor por la propia familia y otros individuos selectos; un sentido de identificación con un grupo y lealtad hacia sus miembros; cariño por lugares u objetos, quizá basado en recuerdos; respuestas positivas a símbolos de varios tipos; y versiones negativas de cada una de las descritas. Para Heise (1979, 1988), el sentimiento es un componente central de la vida social: todas las acciones, actores y escenarios tienen un componente sentimental, involucrando no sólo una dimensión bueno-malo, sino también una dimensión de potencia y una dimensión que captura el nivel de actividad (animado-quieto). Según Heise, los humanos actúan para confirmar sus sentimientos subyacentes. Si la palabra “vecindario” tiene connotaciones positivas relacionadas con una sensación de seguridad y calma, la teoría del control del sentimiento de Heise predeciría que un residente lucharía por conservar su vecindario de esta manera. Mucha actividad política, sin duda, involucra la referencia a la creación de sentimientos positivos y negativos hacia grupos, políticas y actividades.

La confianza y el respeto son ejemplos de sentimientos con un gran impacto en la acción política. Poseemos marcadas tendencias a confiar en ciertos individuos, grupos e instituciones, mas no en otros. Muchas de nuestras lealtades, alianzas y elecciones se siguen de este patrón (Freudenburg, 1993). Las experiencias pasadas, la observación, los acuerdos sobre ciertos objetivos, valores o estilos, las identidades colectivas, quizá incluso las deducciones abstractas de principios: todo esto influye al momento en que decidimos confiar en alguien. Tendemos a confiar en aquellos con los que estamos de acuerdo y estamos de acuerdo con aquellos en quienes confiamos. La confianza generalizada en el sistema político, además, influye en el comportamiento político, a menudo desanimando la protesta, bajo la premisa de que el gobierno compondrá las cosas sin presión pública (Rosenberg, 1956; Marsh, 1977; Barnes *et al.*, 1979).

Los sentimientos y las emociones reactivas son dos extremos de un continuo con un área gris en el centro. En un extremo, el amor por el padre o la madre o la fidelidad al país, son, a menudo, sentimientos fuertes y duraderos, en el contexto de los cuales muchas reacciones emocionales específicas pueden ir y venir. El enojo con respecto a una decisión, en el otro extremo, es por lo común una respuesta a corto plazo. En el centro hay casos como el respeto por un líder

político, el cual puede ser un sentimiento continuo o una respuesta a una acción particular o una combinación de ambos. El miedo, por ejemplo, puede deslizarse a lo largo del continuo, dependiendo de si este es un miedo a entidades abstractas como la guerra o la radicación, o si es un miedo más concreto, como miedo a una determinada guerra o a un reactor nuclear en específico. En el medio también están los a menudo llamados “estados anímicos”: sentimientos crónicos o recurrentes que no siempre tienen un objeto directo. Estos pueden iniciar como reacciones, e incluso ser conformados por las mismas, sin embargo, permanecen.

Los sentimientos generales y ciertas emociones son una parte de toda vida social como seguramente lo son los significados cognitivos y los valores morales. Son, incluso, relativamente predecibles, no son erupciones accidentales de lo irracional. Las respuestas emocionales transitorias, me parece, son una función del contexto externo (o, más precisamente, información interpretada acerca de ese contexto) y de más profundos estados afectivos, pues esto último ayuda a explicar por qué la gente responde de manera diferente a la misma información. Aquellos que sienten de manera positiva su vecindario, por ejemplo, podrían responder con mayor indignación a las propuestas para cambiarlo. Lealtades relacionadas a la ética profesional bien podrían determinar quién se convierte en un soplón cuando el propio jefe le pide romper ciertas reglas (Bernstein y Jasper, 1996). Los sentimientos ayudan a conformar las respuestas.

La relación entre estos dos tipos de emociones probablemente también varía a lo largo de un continuo. En un extremo, las lealtades sentimentales rígidas dominan todas las respuestas, llevando potencialmente a la paranoia o a ideologías rígidas. En el otro extremo, estos sentimientos son flexibles o débiles, y las respuestas emocionales son dominadas en mayor medida por el contexto inmediato. Como resultado, las respuestas podrían ser más débiles o simplemente podrían consistir en el tipo de reacción que casi todos tendrían en la misma situación.

En el debate construccionista está en juego la racionalidad de las emociones: en la medida en que estas son conformadas colectivamente, dependen del contexto y se basan en cogniciones (ellas mismas modificables por medio del aprendizaje), no parecen irracionales. El desprecio a las emociones como algo irracional viene en parte de la tendencia de teorías psicológicas freudianas, en especial en los inicios del siglo XX, que intentaban explicar las emociones a través de la personalidad. En otras palabras, se intentaban explicar las emociones como resultado de idiosincrasias individuales fijadas en la vida de manera temprana y no como respuestas a contextos



culturales cambiantes. Trabajos como *Psychopathology and Politics* (1930) de Lasswell estaban repletos de discusiones sobre narcisismo, homosexualidad latente, dependencia oral y retención anal, a menudo encaminadas a mostrar la participación en la protesta como una actividad inmadura. Los freudianos enfatizaban los procesos de defensa del ego, lo que Greenstein (1987:3) define como “los medios a través de los cuales los individuos, a menudo sin percatarse, adaptan su comportamiento a la necesidad de gestionar sus propios conflictos internos”. Según Greenstein, el desarrollo en la década de 1960 de una psicología del ego posfreudiana, la cual enfatizaba las fortalezas cognitivas y los recursos de adaptación del ego, desalentaron la postura que entendía la participación política como surgida de psicopatologías (Lane, 1959, 1962). El ego se fue adaptando a las realidades externas, dejando de proyectar solamente conflictos internos.

Sin embargo, la aparente amenaza a la racionalidad permanece en cualquier modelo de lo inconsciente. Los conflictos, impulsos o afectos que no podemos comprender o controlar, pueden ser un obstáculo en nuestro aprendizaje o adaptación a nuevas circunstancias, procesos de los que se podría pensar como una mínima exigencia para la racionalidad<sup>4</sup>. Dichas psicodinámicas ciertamente existen. Pero sería injusto clasificarlas como emociones, en contraste a la cognición, pues abarcan a ambas. Son parte de los muchos límites en el poder del razonamiento humano, con límites emocionales a la par de las muchas limitaciones cognitivas documentadas por psicólogos y otros (Kahneman *et al.*, 1982). Patrones neuróticos procedentes de la niñez interfieren con nuestro procesamiento de información cognitiva tanto como lo hacen con nuestras respuestas emocionales. La paranoia, por ejemplo, es en gran medida un problema relacionado con darle demasiado crédito a señales cognitivas irrelevantes.

Hay una diferencia entre las emociones entendidas como roles sociales transitorios, los cuales son públicamente definidos y moldeados tanto como los significados cognitivos, y las emociones concomitantes a las idiosincrasias individuales, personalidades, y lealtades afectivas. Esta última forma de entender las emociones podría ocasionalmente frustrar las bien definidas expectativas emocionales de aquellos que nos rodean. Pero la cuestión aquí no es la de las emociones, sino la de cómo los individuos se relacionan con las expectativas sociales. Siempre hay una variación individual en la conducta, en la cognición y en las respuestas emocionales. Esto

---

<sup>4</sup> Stinchombe (1969:282) alguna vez argumentó que “la racionalidad no debería ser definida como una cualidad de decisiones en un momento particular, sino más bien como un patrón de mejora sistemática a lo largo del tiempo”.

hace que las generalizaciones científico-sociales sean difíciles, pero no más para las emociones que para otros aspectos de la vida social. Reconocemos sistemas estructurados de significados cognitivos que, al igual que el lenguaje, pueden ser definidos independientemente de los individuos. Que algunos individuos los usen de manera impropia o que sustituyen sus propios significados en ocasiones no invalida los sistemas ni arruina su poder explicativo. Lo mismo es cierto para las emociones. Hay presiones sistemáticas para tener respuestas emocionales bien definidas y lazos afectivos en ciertos contextos. Cuando los individuos no pueden cumplir estas expectativas, podemos explicar por qué sin cuestionar la lógica del sistema emocional. Incluso los patrones de sentimiento tienen reglas.

Las creencias pueden ser erróneas, las emociones inapropiadas. ¿Pero irracionales? Las creencias o las emociones pueden ser irracionales si causan acciones que conducen de manera consistente al deterioro en los propios recursos o posición estratégica, o si frenan el aprendizaje y la mejora. Las lealtades afectivas, tales como el amor, pueden cegarnos en este sentido, pues estas son más propensas a moldear la interpretación de nueva información que a cambiar como respuesta a dicha información, haciéndonos menos adaptables y por ende menos racionales. Pero ya que estos sentimientos son muy cercanos a valores morales y a objetivos básicos, un compromiso hacia ellos es difícil de descartar simplemente como irracional. Ellos vacían de sentido la distinción medios/fines que nos permite juzgar las acciones como poco efectivas para lograr ciertos objetivos<sup>5</sup>. Las respuestas emocionales a más corto plazo, como el enojo del *sheriff*, pueden lastimar la propia posición estratégica, sin embargo, incluso aquí el aprendizaje y mejoría son posibles. Uno aprende, como otros *sheriffs* molestos han aprendido, a no golpear a manifestantes pacíficos. O a no golpearlos mientras haya cámaras grabando. Si un miedo a la irracionalidad ha evitado que los estudiosos de los movimientos sociales incorporen a las emociones dentro de sus modelos, ha llegado el momento de repensar esta postura.

---

<sup>5</sup> Así los mártires y otros altruistas extremos *están* deseando tener sus recursos disminuidos (por decir lo menos en el caso de los mártires) a causa de sus adhesiones a sus objetivos. Su cálculo es de un tipo inusual, pero no necesariamente irracional.

## **Emociones en protesta**

Como una parte integral de toda acción social, las emociones afectivas y reactivas entran en las actividades de protesta a cada etapa. Algunas ayudan a explicar por qué los individuos se unen a los eventos de protesta o a grupos, habiendo desde respuestas emocionales que ellos pueden tener como individuos hasta aquellas que los reclutas pueden incitar en ellos. Otras emociones se generan durante las actividades de protesta, incluyendo lazos afectivos entre los miembros y sentimientos hacia instituciones, gente, y prácticas fuera del movimiento y de sus grupos constitutivos. Esto influye en si un movimiento continúa o decae y, de ser así, cuándo. En todas las etapas hay sentimientos preexistentes y respuestas emocionales de más corto plazo a sucesos, descubrimientos y decisiones.

Nuestro mundo está moldeado por el sentimiento. Nuestras relaciones con otros humanos, incluso los que no permanecen en nuestras vidas, está cargadas de emociones. Aquellos íntimos que conocemos están envueltos en una compleja red de emociones que nunca terminamos de clasificar. El cariño o el resentimiento hacia nuestros padres da a muchas actividades relacionadas con ellos (aun simbólicamente) una carga afectiva positiva o negativa; podemos protestar para impresionarlos, ganar su respeto, o imitar alguna dinámica de la infancia. La admiración por otros también influye en nuestras decisiones, pues seguimos su ejemplo o buscamos su aprobación. Tenemos también numerosos apegos emocionales a lugares y luchamos apasionadamente cuando sentimos que están amenazados. A menudo tenemos sentimientos simples incluso acerca de extraños: atracción o repulsión, por ejemplo. El deseo sexual, satisfecho o sólo encendido, afecta muchas de nuestras elecciones sobre cómo usar nuestro tiempo o, más precisamente, con quién. A través de estereotipos grupales, también tenemos emociones hacia aquellos a los que nunca hemos conocido.

Pero eso no lo es todo. Por encima de estos afectos, y a menudo basados en ellos, tenemos sentimientos transitorios acerca de todas nuestras actividades. Como mostró Harold Garfinkel, incluso hábitos relativamente irreflexivos, al momento de verse interrumpidos, liberan un torrente de emociones. Tenemos sentimientos sobre nuestra vida, ya sea aburrimiento o emoción; sobre política, no importa lo remota que en ocasiones aparezca esta; incluso sobre acontecimientos que ocurren al otro lado del mundo. Si no tuviéramos respuestas emocionales a lo que ocurre aquí y allá, no habría movimientos sociales. En ocasiones las respuestas emocionales son tan fuertes que

las personas buscan grupos de protesta por sí mismas (Jasper y Poulsen, 1995). Es a los afectos y a las respuestas emocionales a lo que los organizadores políticos apelan para despertar, manipular, reclutar y sostener a sus miembros. La tabla I muestra algunas de las emociones que llevan a la gente a los movimientos sociales, la mantienen dentro, y la hacen salir. Algunas son principalmente sentimientos, algunas emociones reactivas en su mayoría y algunas comparten aspectos de ambas. En esta última categoría las emociones son calificadas como “estados de ánimo”. En muchos casos, las mismas emociones —en diferentes contextos o con diferentes objetos— que llevan a las personas dentro de un movimiento social, son las mismas que terminan llevándolas fuera.

**Tabla I.** Algunas emociones potencialmente relevantes para la protesta

---

Principalmente afectivas

*Odio, Hostilidad, Aversión:* Paso poderoso en la creación de indignación y fijación de la culpa. Puede alterar objetivos desde resultados prácticos hasta el castigo de los oponentes.

*Amor:* Uno puede tener amor erótico y otro apego a la gente que ya está dentro del movimiento; el amor también le da forma al propio mapa afectivo del mundo.

*Solidaridad, Lealtad:* Los sentimientos positivos hacia los otros pueden llevar a la acción en nombre de dicho grupo o categoría.

*Sospecha, Paranoia:* A menudo conducen a la indignación y a la articulación de la culpa.

*Confianza, Respeto:* Afectos básicos positivos que influyen sobre otras respuestas emocionales y cognitivas, patrones de alianzas y credibilidad.

Principalmente reactivas

*Enojo:* Puede tener muchas fuentes y puede ser canalizado en muchas direcciones, incluyendo rabia e indignación. Puede interferir con estrategias efectivas.

*Aflicción, Pérdida, Pesar:* La pérdida, principalmente de un ser amado, puede hacer pensar en la vida y despertar preguntas sobre el significado de esta.

*Atropello, Indignación:* Construyen sobre otras emociones, sobre todo proveyendo un objetivo o un análisis.

*Vergüenza:* Puede llevar al enojo o a reacciones agresivas.

## Estados de ánimo y otros

*Compasión, Lástima:* Uno puede imaginar la difícil situación de los otros y desarrollar un deseo por ayudarlos.

*Cinismo, Depresión:* Desalientan la protesta al desanimar las esperanzas por el cambio.

*Desafío:* Instancia que alienta la resistencia.

*Entusiasmo, Orgullo:* Emociones positivas que los líderes intentan estimular: entusiasmo por el movimiento y la causa, orgullo por la identidad colectiva, como en *Black Power* y en las luchas por los derechos de la comunidad LGBT.

*Envidia, Resentimiento:* Han sido exageradas por los primeros teóricos de masas. Estas son emociones que pocos admiten y las cuales llevan por lo común a acciones diferentes a la protesta; sin embargo, pueden aparecer en los manifestantes.

*Miedo, Pavor:* Pueden surgir de un sentido de amenaza a las propias rutinas diarias o a las propias creencias morales. Pueden paralizar, pero también convertirse en indignación.

*Alegría, Esperanza:* Uno puede verse atraído por la dicha del empoderamiento, un sentimiento de “fluir” en la protesta y en la política, o por la anticipación de un mejor estado de las cosas en el futuro.

*Resignación:* Como el cinismo, puede desalentar la percepción de la posibilidad de cambio.

**Tabla II.** Ejemplos de emociones por entornos sociales

Tipos	Entornos en donde se desarrollan y mantienen	
	Fuera del movimiento	Dentro del movimiento
Afectos presentes, lealtades	Amor por los familiares. Cariño por el vecindario. Tranquilidad del hogar. Miedo a la radiación, guerra. Confianza en ciertas figuras públicas, desconfianza en	Amor, atracción por otros miembros. Lealtad a los símbolos comunes. identidad. Respeto, confianza en los líderes.

	otras. Prejuicios raciales o de otro tipo.	Envidia hacia los líderes, u otros. Confianza o desconfianza en los aliados. Confianza o desconfianza en políticos y funcionarios
Respuestas a acontecimientos, Información	Impacto ante la muerte de los seres queridos. Enojo ante las decisiones del gobierno. Agravios ante los planes para construir una planta nuclear. Indignación ante emplazamiento de un basurero. Resignación ante la inacción del gobierno.	Enfado, agravio, indignación antes las decisiones gubernamentales, reacciones a demandas del movimiento, respuestas de los medios de comunicación.

---

El sólo listar estas emociones debería sugerir su prevalencia en los movimientos sociales, pero podemos categorizarlos aún más. La tabla II provee ejemplos de emociones de acuerdo con las dos distinciones básicas que ya he mencionado: sentimientos *versus* emociones reactivas, y los entornos sociales donde se desarrollan y se mantienen. Es la interacción entre los sentimientos y las respuestas fuera del movimiento la que podría impulsar a alguien a unirse a una organización, participar en un evento, donar dinero, o ser receptivo ante la petición de un reclutador (Jasper y Poulsen, (1995). La parte derecha de la tabla sugiere un número de dinámicas dentro del movimiento: los sentimientos acerca de los propios compañeros podrían llevar a una lealtad continua o a la desertión; las respuestas a las decisiones y a las acciones de otros participantes en un conflicto ayudan a explicar elecciones estratégicas, incluyendo si se continua en el movimiento o no. A pesar de que muchas emociones sólo pueden caer dentro de la columna de la derecha o de la izquierda, muchas otras pueden crearse o permanecer dentro de cualquier lado; la mayoría de los sentimientos y de las emociones reactivas que bien podrían atraer a alguien a un movimiento, también podrían ayudar a mantenerlo ahí.

Cada estudio extensivo de un movimiento social está cargado con emociones como aquellas que muestran las tablas, pero casi nunca reciben atención teórica, ni aparecen en índices (para una muestra, ver Smith, 1996, quien menciona emociones de manera constante, pero sin teorizar explícitamente sobre ellas). Parece haber un par de excepciones en las cuales los académicos se han referido a las emociones de los movimientos sociales.

Ciertos movimientos sociales apuntan a ampliar la cultura de su sociedad, incluyendo la aceptación y exposición de ciertas emociones. Estos son a menudo movimientos que pelean contra la estigmatización de un grupo.

Y ya que las emociones son definidas a menudo como un “asunto de mujeres”, dichos esfuerzos frecuentemente han sido parte del movimiento de las mujeres. A finales de la década de 1960, miles de grupos de concientización ayudaron a las mujeres a sentirse menos culpables acerca de su resentimiento hacia sus esposos, padres, jefes, y otros hombres. El enojo no sólo era considerado positivo, sino que era un requisito para ser parte del grupo, argumenta Hochschild (1975:298), quien continúa: “Los movimientos sociales por el cambio convierten a los “malos” sentimientos en algo normal y los hacen útiles. Dependiendo del propio punto de vista, hacen a los malos sentimientos “racionales”. También los hacen visibles”. Según Taylor y Whittier (1995), los grupos de mujeres tratan a menudo de transformar los sentimientos negativos que muchas mujeres tienen a causa de sus posiciones estructurales, incluyendo depresión, miedo, y culpa. Taylor (1996) ha examinado grupos de auto-ayuda para madres que sufren depresión posparto, una emoción que es ampliamente estigmatizada como “inapropiada”, que no forma parte del rol materno. En este trabajo no examino casos en donde los cambios en emociones están entre los objetivos explícitos de un movimiento; examino las emociones como parte de la dinámica propia de un movimiento.

La otra excepción es el enfoque de comportamiento colectivo, el cual reconocía tradicionalmente la importancia de las emociones, pero relacionando el enojo de manifestantes organizados a los temores de pánico. Por ejemplo, John Lofland (1985:32; también McPhail, 1991), al describir las alegrías de las multitudes, reconoce las emociones problemáticas enfatizadas en la tradición del comportamiento colectivo, sintetizadas en la imagen de una multitud: “con todo el bagaje emocional de la irracionalidad, la irritabilidad, el exceso, la inconstancia y la violencia”. Lofland parece sugerir que las emociones negativas, tales como el miedo y el enojo, están más

cerca de la irracionalidad que las positivas como la alegría. Y los movimientos sociales organizados, como algo opuesto a las multitudes, aún aparecen como libres de emociones. Aún hay una marca o sospecha sobre la irracionalidad que rodea a la mayoría de las emociones.

## **Sustentos emocionales de conceptos populares**

Lo que resta de este artículo examina una serie de conceptos que han mostrado ser útiles para explicar la aparición, patrones de reclutamiento, longevidad y decadencia de los movimientos sociales, especialmente, mas no exclusivamente, un número de conceptos culturales. Me gustaría mostrar que estos mecanismos causales, los cuales han sido vistos sobre todo desde un punto de vista estructural o (si están culturalmente orientados) cognitivo, son igualmente emocionales. En muchos casos el impacto causal de los factores depende altamente de dimensiones emocionales que han sido raramente reconocidas o teorizadas.

### **Shocks morales**

Los “shocks morales” son a menudo el primer paso hacia el reclutamiento en los movimientos sociales y ocurren cuando un acontecimiento no previsto, o una pieza de información, levanta un sentimiento de agravio en una persona a tal grado que esta se siente inclinada a la acción política, tenga o no conocidos dentro del movimiento (Jasper y Poulsen, 1995; Jasper, 1997). Lo que pone en marcha a un shock moral puede ser un evento público altamente publicitado, como un accidente nuclear, o experiencias personales, como la muerte de un niño. Puede ser algo repentino, como un accidente o un anuncio público; puede ser algo que se desarrolle a través del tiempo, como en el caso de Love Canal, Estados Unidos, en donde los residentes se dieron cuenta que vivían sobre un vertedero de residuos tóxicos. De la misma manera, el shock puede venir de un plan para hacer algo nuevo o de nueva información acerca de algo ya existente y que ya ha creado un daño, aunque este no hay sido percibido. Justo como Jane Poulsen y yo (1995) usamos el término por primera vez, este era principalmente cognitivo: la información o acontecimiento ayuda a una persona a pensar sobre sus valores básicos y cómo el mundo difiere de los mismos de una manera importante. Estos shocks son similares a los “agravios repentinamente impuestos” de Edward Walsh, como en el caso del accidente en la planta nuclear de Three Mile Island, los cuales puede estimular el reclutamiento (Walsh, 1981). El término “agravio” (*grievance*) tiene ante todo



connotaciones cognitivas, mientras shock apunta por lo menos al poder emocional de estas experiencias. Si la imagen subyacente es un estado de shock (*state of shock*) o una descarga eléctrica (*electrical shock*) ello implica un sentimiento visceral, corporal, del mismo tipo que la náusea o el vértigo. Las emociones fuertes deberían fluir de esto.

Los shocks dependen de patrones preexistentes de sentimiento, los cuales canalizan la interpretación de anuncios y revelaciones. La veneración por la belleza del campo en donde vivo o la sospecha hacia la compañía eléctrica de mi ciudad (o hacia la tecnología o las corporaciones en general) incrementarán mi shock hacia ante una propuesta de una central nuclear. Sentimientos positivos y negativos como estos están relacionados con sensibilidades morales, al menos en aquello que me indigna moralmente (mis sensibilidades morales se expresan a través de emociones) cuando lo que estimo se ve amenazado de alguna manera.

Las respuestas a los shocks morales varían considerablemente en las emociones que les siguen. La mayoría de la gente, en muchos casos, se resigna a cambios desagradables, pues está segura de que ni el gobierno ni las corporaciones cederán a las protestas de la ciudadanía. Pero otros, a través de complejos procesos emocionales que pocos investigadores han descrito, canalizan su miedo y su enojo en justa indignación y en actividad política. La posibilidad de un cambio inesperado y repentino en el propio entorno puede despertar sentimientos de pánico y enojo. El primero puede paralizar, el segundo puede ser el inicio de la movilización. Los activistas trabajan duro para crear indignación moral y enojo. Trabajan además para proveer de un blanco contra el que estos sentimientos se puedan manifestar. Las ansiedades no desarrolladas y los miedos deben ser transformados en indignación moral, en indignación hacia políticas concretas y tomadores de decisiones concretos (Gamson et al., 1982; Gamson, 1992). Los activistas deben tejer juntos un paquete de actitudes morales, cognitivas y emocionales. Enmarcando el problema como, digamos, “negocios en grande” o “instrumentalismo”, los activistas sugieren un juicio moral: el abuso de humanos por la burocracia. La emoción apropiada cambia de pavor a indignación. Hay alguien a quien culpar.

## **Culpa**

Si la protesta va a surgir de shocks morales, debe haber alguien a quien culpar por lo que está mal (Gamson, 1992). La habilidad para direccionar la culpa es crucial en la protesta y difiere según las causas finales percibidas y las personificaciones directas de cada amenaza (Gordon and Jasper, 1996). Construimos la culpa de manera distinta de acuerdo con nuestras percepciones de la amenaza: si su fuente última es natural o humana; si está personificada por personas o por máquinas; si ya existe o si está siendo planeada; y si le hemos dado a alguien la responsabilidad de darle una solución. Respecto a esta última dimensión, hay dos tipos de culpa, causal y reparadora: causar una amenaza no es lo mismo que tener la responsabilidad de solucionarla. Si la gente cree que su gobierno debió haber previsto o prevenido una catástrofe, o debió haber hecho más para ayudar una vez ocurrida, podría indignarse aun sin creer que el gobierno causó dicha calamidad.

Raramente culpamos a la naturaleza. Lo que se percibe como un “acto de Dios”, como incendios forestales, o inundaciones, desaniman el deseo de culpar a un grupo o institución y rara vez se transforman en movimientos de protesta; de hecho, dichos eventos crean solidaridad al enfrentar a los humanos frente a la naturaleza: “las tareas en las que se ocupan los supervivientes son de ayuda mutua, actividades altruistas que requieren del trabajo hombro con hombro, al unísono, para salvar vidas y propiedades. Dichas tareas provocan el deseo por formar asociaciones comunales, cuya función para reafirmar el poder del grupo sobre la naturaleza reconstruyendo la rutina de la comunidad y que le dan a la vida diaria un sentido de permanencia y predictibilidad” (Kroll-Smith y Couch, 1990:165). No obstante, en algunos casos los supervivientes se encuentran tan devastados, pensando que no hay nada más por salvar, que caen en la depresión, en el trauma o la inacción. (Erickson, 1994). En cualquier caso, no se puede culpar a nadie, así que la protesta es poco común. Los actos de Dios deben ser interpretados como tales, claro, dejando, un espacio para las diferencias culturales. Por ejemplo, Zonabend (1993) ha mostrado que los obreros franceses en la planta reprocesadora de residuos nucleares de La Haya enfrentan sus actividades de la misma manera fatalista en la que sus ancestros se enfrentaban a los peligros de pescar en el Atlántico; en parte a causa de sus tradiciones culturales, los obreros tratan las tecnologías nucleares como una fuerza de la naturaleza.

Cuando los humanos pueden ser culpados por causar una amenaza, la indignación es una respuesta común. La mayoría de las amenazas tecnológicas se pueden relacionar fácilmente con

elecciones conscientes hechas por otro, ya que algunos diseñan, otros construyen, otros poseen, y algunos otros regulan la tecnología.

**Tabla III.** Familias de amenazas percibidas

Tipos	Respuestas emocionales	Ejemplos
Desastres naturales	Dificultad para culpar directamente O para buscar compensaciones. Típicamente acompañado de aflicción y fatalismo.	Incendios, huracanes, temblores, desastres.
Amenazas ambientales difusas	No vistas como naturales. Difícil definir la culpa en alguien. A menudo crónicas, desplegándose por largos periodos. El miedo y la resignación es más probable que la indignación.	Contaminación del aire, calenta- miento global, deterioro en la capa de ozono.
Enfocado en amenazas ambien- tales/tecnológicas	La propiedad, responsabilidad y culpa son claras. La indignación es posible.	Plantas químicas, plantas de energía, vertederos de basura peligrosos.
Amenazas personificadas en humanos	Identificarlas como amenaza es culparlas. El desprecio acompaña a la indignación.	Vivienda pública, casas grupales, hospicios.

Incluso fuentes hechas por el hombre varían en la medida en que actores moralmente responsables pueden ser señalados por la culpa. Por ejemplo, la contaminación del aire es tan difusa que parece más una fuerza inevitable de la naturaleza, mientras que las plantas nucleares tienen dueños, reguladores y vecinos. Podríamos formular la siguiente predicción: lo más claramente definida que esté la próxima fuente de amenaza, lo más probable que exista indignación y, por tanto, oposición. Los productos desechables hechos por el hombre, así como las tecnologías,

representan una “nueva especie de problema” no sólo por ser especialmente letales, sino por estar hechas *por alguien*, produciendo así un claro actor al cual culpar (Erikson, 1994; Walsh, 1998; Walsh *et al.*, 1993).

Finalmente, algunas amenazas percibidas son plenamente sociales, ya que toman las formas de otros humanos. Casas grupales, nuevas prisiones, alojamientos públicos, y otros proyectos, han presentado resistencia por parte del tipo de gente que deberían alojar. La tabla III presenta, en orden de qué tan claramente los humanos pueden ser culpados, varias categorías de amenaza percibida y las emociones típicas que las acompañan.

Si las percepciones de fuentes de amenaza naturales *versus* sociales influyen la movilización de manera distinta, las razones son tanto emocionales como cognitivas. La solidaridad que sentimos con nuestros prójimos ante un desastre natural y la resignación fatalista que en ocasiones se hace presente, no puede ser muy distinta de las sospechas, de la indignación, del odio que reunimos contra, digamos, una corporación que toma un riesgo fríamente calculado, o un grupo de personas que nos asusta. Para estar seguros, estas respuestas emocionales (las cuales podrían formarse por patrones afectivos preexistentes, sobre todo en el caso de las fuentes humanas) están vinculadas a entendimientos cognitivos, pero no por ello son menos importantes. Definir un desenlace como injusto o como producto de la mala suerte implica cómo deberíamos sentirnos acerca del mismo (duelo frente a indignación, quizá) y cómo lo entendemos.

Las amenazas existentes y propuestas pueden llevar a diferentes respuestas emocionales, debido a las diferentes relaciones entre causa y remedio. Muchas amenazas existentes, pero apenas descubiertas, inspiran trauma y resignación, sobre todo cuando aquellos que crearon el problema han desaparecido de la escena. En otras palabras, cuando no podemos encontrar o identificar el objeto de nuestra indignación. El enojo hacia los responsables causales debe ser traducido en demandas a otro grupo (a menudo ante una dependencia de gobierno) para encontrar una solución. Esta redistribución de la indignación es comúnmente difícil de lograr, así que los movimientos sociales tienen una ventaja emocional cuando se les exige una compensación a quienes causaron el problema. Incluso en caso de amenazas existentes que se desarrollan lentamente, tenemos más mecanismos de defensa —negación, resignación— que evitan nuestro reconocimiento del completo alcance de la amenaza. Cuando ya ha ocurrido un daño a la salud, el miedo puede verse rebasado por el duelo.

La especificación de la culpa es importante porque produce villanos. Un estudio sobre boletines a favor y en contra del aborto encontró que estos “identifican adversarios concretos y específicos, caracterizan la acción del enemigo de manera negativa, le atribuyen al rival motivos corruptos, y magnifican el poder del oponente” (Vanderford, 1989: 174). Dichas caracterizaciones alimentan la indignación de los manifestantes y su sentimiento de amenaza, transformando las emociones al mismo tiempo que el entendimiento. La demonización alimenta emociones poderosas para los movimientos sociales, como el odio, miedo, enojo, desconfianza, e indignación.

Las Madres Contra la Conducción en Estado de Ebriedad [*Mothers Against Drunk Driving*, o MADD por sus siglas en inglés] han sido tan exitosas en parte porque su nombre plantea amenaza y culpa. Como Gusfiel (1988:125) dice, “el nombre mismo, MADD, presenta los símbolos que conllevan una expresiva imagería. “Madres” pone la cuestión en un marco de violencia infantil. “Contra” provee un sentido emocional de batallas y enemigos. “Conductores ebrios” otorga una imagen del conductor ebrio como socialmente irresponsable e incapaz de autocontrolarse. Este es el “borracho asesino” que es el villano de la historia. MADD ha traído a la arena pública la expresión dramática y emocional del público como víctima”. El análisis del problema, pulcramente condensado en un nombre, le cuenta al público qué emociones sentir hacia cada uno de los personajes en el drama de la conducción bajo estado de ebriedad. Sin las emociones que genera el proceso de asignación de culpas, habría poca o ninguna acción.

### **Alineación de marco**

Durante el reclutamiento para los grupos de protesta, los organizadores y los potenciales participantes deben “alinear” sus “marcos”, logrando una definición común de un problema social y una receta común para resolverlo (Snow et al., 1986). Snow y Benford (1992:137) definen un marco como “un esquema interpretativo” que simplifica y condensa “el mundo ahí afuera” recalcando selectivamente y codificando objetos, situaciones, experiencias, y secuencias de acciones dentro del propio entorno presente o pasado”. Ellos distinguen de manera práctica tres tipos sucesivos de enmarcado necesario para un reclutamiento exitoso: *diagnóstico*, en el cual un movimiento convence a potenciales conversos de que hay un problema que necesita ser abordado; *pronóstico*, en el cual el movimiento convence a los conversos sobre las estrategias, tácticas y objetivos apropiados; y *motivacional*, en el cual los exhorta a involucrarse en estas actividades. Snow y Benford argumentan que los marcos son más probables de ser aceptados si encajan bien

dentro de las creencias de posibles reclutas, incluyen demandas empíricamente creíbles, son compatibles con las experiencias de vida de la audiencia, y encajan con las narrativas que la audiencia cuenta sobre sus vidas. Este modelo de “alineación del marco” ha sido la principal manera en que la cultura ha sido recientemente llevada a la investigación sobre los movimientos sociales.

Las muchas definiciones y aplicaciones de los procesos de enmarcado tratan casi por completo con sus componentes cognitivos. “El enmarcado motivacional”, que parece referirse a emociones, aun cuando el término las haga sonar como algo más, no es a menudo discutido, aunque es aparentemente lo que logra que la gente haga realmente algo. El acuerdo cognitivo en sí mismo no resulta en acción. Más ampliamente, la motivación para protestar no ha sido bien estudiada en las recientes investigaciones porque se da por hecho. Una vez que se asume el deseo y la disposición para protestar, sólo cambios en las oportunidades para actuar sobre ellos son necesarios para explicar el auge de los movimientos sociales (McAdam, 1982; Tarrow, 1994). La única necesidad de los potenciales manifestantes, parece en ocasiones, es una señal cognitiva de que pueden tener éxito o de que no van a ser duramente reprimidos (Klandermans, 1984). Esto estaría muy bien para autómatas racionales, no para seres humanos.

En adición a la motivación descuidada, mucha de la literatura del enmarcado subraya las conexiones sociales a través de las cuales ocurre el reclutamiento (Snow *et al.*, 1980; Snow *et al.*, 1986) sin especificar qué es lo que hace a estas conexiones tan influyentes. Aunque los académicos tienden a verlas como estructuras sin más, su impacto casual se debe a lo que esas estructuras transmiten. Parte de su importancia, ciertamente, se debe a que representan suposiciones y creencias compartidas. Pero son también importantes porque representan lazos afectivos. Yo acepto la invitación de una amiga a un evento porque ella me gusta, no sólo porque estoy de acuerdo con ella. Son los lazos afectivos los que preservan las conexiones y les dan mucho del impacto casual que estas tienen.

## **Marcos de injusticia**

Un tipo particular de marco es especialmente importante. La mayoría de los académicos que estudian los movimientos sociales están de acuerdo con Turner y Killian (1987: 242) en que

“el elemento común en las normas de la mayoría de los movimientos, quizá de todos, es la convicción de que las condiciones existentes son injustas”. Gamson, en particular, ha elaborado el concepto de un marco de injusticia, una manera de ver una situación o condición que expresa indignación acerca de algo que se percibe como injusto, al mismo tiempo que se encuentra a alguna agencia humana a la cual se pueda culpar por la transgresión. Sin embargo, al llamar a la injusticia “cognición caliente”, Gamson aún parece subordinar lo emocional a lo cognitivo, no obstante, él al menos reconoce la importancia de las emociones. De todas las emociones, la injusticia es la que más claramente se relaciona con el “justo enojo que pone fuego en el vientre y acero en el alma” (Gamson, 1992:32). Gamson y sus primeros coautores fueron claros acerca de la primacía de las emociones en la adopción de un marco de injusticia, ya que los lazos de autoridad que se cuestionan en sus experimentos eran ante todo afectivos. La sospecha, hostilidad, enojo, y otras emociones podrían surgir incluso antes de que la culpa sea asignada a través de más procesos cognitivos. Gamson *et al* (1982:123) citó al psicólogo Robert Zajonc: “Las preferencias no necesitan interferencias... las reacciones afectivas pueden ocurrir sin extensa codificación perceptiva y cognitiva, las relaciones afectivas están hechas con mayor seguridad que los juicios cognitivos y pueden ser hechas más pronto”. Podríamos necesitar no sólo estudiar cómo las cogniciones afectan a las emociones, sino cómo las estas afectan a las primeras.

Al examinar encuentros con las autoridades, Gamson y sus colaboradores no necesitaron examinar el proceso a través del cual la culpa se relaciona a grupos e individuos; en su caso, las autoridades eran el objetivo único y natural. Otros casos pueden ser más complejos: aquellos responsables de solucionar un problema, hemos visto, podrían no ser los que lo causaron. El trabajo emocional necesario para desencadenar la protesta podría ser, por ende, más complicado. Gamson (1992:33) más tarde se extendió sobre las fuentes de los marcos de injusticia, incluyendo “concreción en el objetivo, aun cuando este esté lejos de las causas reales del infortunio”. La necesidad de emociones fuertes podría incluso llevar a los organizadores a deformar sus análisis cognitivos. Podrían “exagerar el papel de actores humanos, fallando en comprender más amplias restricciones estructurales, y dirigir de manera errónea su enojo hacia objetivos fáciles e inapropiados”. Es casi imposible imaginar la movilización sin emociones fuertes.

En un marco de injusticia, la pasión por la justicia está alimentada por el enojo ante la injusticia existente. Ya que la protesta se dirige hacia lo que nos desagrade, las emociones

negativas juegan un papel predominante, aun cuando parecen lejanas de los cálculos racionales imaginados por los teóricos de la elección racional e implícitamente aceptados por la mayoría de las demás tradiciones. Las normas abstractas de justicia obtienen algo de poder de las emociones positivas asociadas con ellas —esperanza, dicha, compasión—, pero probablemente no lo suficiente para motivar la acción ante la ausencia de un contraste con una situación injusta y las emociones negativas —una sensación de amenaza, indignación, enojo, miedo— asociadas con ella. Las emociones negativas son poderosas.

## **Identidad Colectiva**

Recientemente, el término identidad colectiva se ha vuelto famoso entre los manifestantes y aquellos quienes los estudian (Taylor y Whittier, 1995; Johnston et al., 1994; Gamson, 1995). En ocasiones se refiere a un sentido de solidaridad entre los miembros de un movimiento social y en ocasiones a una categorización social subyacente en cuyo nombre un movimiento pretende hablar. La identidad colectiva es en ocasiones vista como un estímulo a la acción porque uno valora la ganancia potencial para el grupo, por lo tanto, esa identidad ayuda a definir los propios “intereses”. Las identidades a menudo permanecen como sustitutos de atributos culturales específicos, incluyendo habilidades, hábitos, lealtades, creencias, ideologías y sensibilidades: uno puede tener una identidad “activista” que trasciende un movimiento particular, o una identidad “organizacional” asociada con lealtad a una organización particular, quizá incluso una identidad “táctica”, por ejemplo, como un radical o como un activista pacifista (Jasper, 1997: capítulo 4). Más comúnmente, las identidades están basadas en rasgos atribuidos tales como la preferencia sexual, la nacionalidad, la raza, la clase y el género, aunque dichas etiquetas a menudo son sustitutos para atributos culturales más concretos.

No obstante, una identidad colectiva no es simplemente el diseño de un límite cognitivo. Es, ante todo, una emoción, un afecto positivo hacia otros miembros del grupo sobre la base de esa afiliación común. Definirse a uno mismo a través de la ayuda de una etiqueta colectiva implica un mapeo del mundo social tanto afectivo como cognitivo. En parte a causa de este afecto, la participación en los movimientos sociales puede ser en sí misma placentera, independientemente de los objetivos finales y de los resultados. La protesta se convierte en una forma de decir algo acerca de uno mismo y de su moral personal, y encontrar alegría y orgullo en ello. Uno puede también tener emociones negativas sobre la propia identidad, tales como vergüenza o culpa;



muchos movimientos están precisamente motivados por la pelea en contra de las identidades estigmatizadas. Lo que es difícil de imaginar es una identidad que sea puramente cognitiva. La “fuerza” de una identidad viene de su lado emocional. Las identidades pueden ser cognitivamente vagas, por ejemplo, pero fuertemente mantenidas.

### **Liberación cognitiva**

En un esfuerzo por introducir cultura dentro de modelos estructurales de “proceso político”, Doug McAdam argumentó que las oportunidades “objetivas” para la acción sólo llevan a la acción cuando manifestantes potenciales reconocen dichas oportunidades como tales. Él llama a este reconocimiento “liberación cognitiva”. Como él lo describe, “las respuestas modificadas de los miembros a un reto particular sirven para transformar las condiciones políticas cambiantes en un conjunto de “señales cognitivas” las cuales les informan a los insurgentes que el sistema político se está volviendo más y más vulnerable al desafío” (McAdam, 1982:49). A pesar del término, el cual parece implicar un cambio absoluto en la propia perspectiva, la liberación cognitiva parece ser una lectura relativamente instrumental de la información disponible sobre la disposición estatal para reprimir el disenso. Como dice McAdam, un cambio así es crucial para la aparición de movimientos de protesta. ¿Pero qué se libera y cómo?

En un ejemplo revelador, Tarrow (1994:84) menciona la revolución Bolchevique como provocadora de movimientos socialistas a lo largo del occidente industrial. ¿Qué clase de mensajes mandó? Un Estado frágil y desgastado por la guerra acababa de ser derribado. ¿Otros potenciales revolucionarios concluyeron también que sus propios gobiernos eran igualmente vulnerables? En efecto, la revolución rusa causó miedo en otros Estados, que comenzaron más activas y severas represiones (las élites también tienen emociones tales como el miedo). No obstante, inspiró movilización no como un objetivo o como un indicador cognitivo de las probabilidades de éxito, sino como una inspiración emocional, un recordatorio simbólico de un futuro utópico más dichoso, un signo tranquilizador de que la historia estaba del lado de los revolucionarios. En otras palabras, causó acción, más a través de su impacto emocional que de mensaje cognitivo. La liberación cognitiva es probablemente más importante por su suma de emociones que por cualquier información “objetiva” sobre las posibilidades de éxito. La “liberación” implica emociones fuertes que “lo cognitivo” niega.

## **Mantenimiento de la afiliación y cultura de movimiento**

Las emociones no simplemente ayudan a explicar el origen y difusión de los movimientos sociales, sino también su continuación o declinación. A pesar de que pocos académicos han cuestionado por qué los movimientos declinan cuando lo hacen, o por qué los individuos abandonan los movimientos cuando lo hacen. Lofland (1996:237-242) ha señalado la cuestión del “mantenimiento de la afiliación” como un problema para las organizaciones sociales. Menciona muchos factores que podrían llevar a la deserción, incluyendo estigmas en el mundo externo, falta de éxito, cambio de objetivos del movimiento o de los miembros particulares, faccionalismo y largas horas. No le da importancia a las emociones que acompañan a la mayoría de estas: vergüenza, decepción, y frustración. Sólo menciona la culpa por no cumplir con las obligaciones de la propia familia. La solución principal al problema, nos dice Lofland, es el desarrollo de una rica cultura del movimiento social, aunque el título de su discusión de cultura (“El contexto ampliado de las creencias: cultura”) sugiere un prejuicio cognitivo. El autor discute seis componentes básicos de la cultura: valores, objetos simbólicos, historias, ocasiones, roles, y persona. En su presentación, estos juegan un rol cognitivo, personificando importantes creencias de los participantes. Estos componentes tienen un lado emocional igualmente importante al implicar alegría, esperanza, entusiasmo, orgullo, y una unión afectiva al grupo.

Es a causa de emociones como estas que la participación conlleva muchos placeres, los cuales podrían ser lo suficientemente buenos como para motivar la participación sin depender de una creencia cognitiva que diga que el éxito es posible o probable. Según Bell (1992:xvi), muchos manifestantes que peleaban por los derechos civiles de la población negra participaban para ganar dignidad en sus vidas a través de la lucha y de la expresión moral, no necesariamente porque esperaban ganar derechos iguales de esa lucha; como él dice de un participante, “su objetivo era la oposición, y su efecto fustigante era probablemente más potente precisamente porque hacía lo que hacía sin esperar derrocar a sus opresores”. Si las emociones están íntimamente involucradas en los procesos mediante los cuales la gente se une a los movimientos sociales, estas son incluso más evidentes en las actividades en curso de los movimientos. Mientras más rica sea la cultura de un movimiento, con más rituales, canciones, cuentos populares, héroes, denuncia de enemigos, etcétera, más grandes que serán estos placeres.

Los movimientos mismos son un escenario distinto en el cual las emociones pueden ser creadas o reforzadas. En contraste con las emociones que crecen fuera de marcos morales existentes como los sistemas religiosos o la ética profesional, las emociones creadas al interior de los movimientos sociales son intentos, a menudo explícitos, por elaborar de visiones intuitivas, ideologías explícitas y propuestas. El enojo de un granjero viviendo en cerca de un sitio propuesto para la creación de una planta nuclear es la intuición que el movimiento antinuclear trata de constituirse en una ideología sistemática de oposición. Lo que el granjero ve al inicio como “forasteros entrometidos” se convierte en una tecnocracia; el miedo se vuelve indignación. Cada cambio cognitivo se acompaña de cambios emocionales.

Algunas de las emociones generadas al interior de un movimiento social —llamémosles *recíprocas*— involucran los sentimientos en curso de los participantes acerca del otro. Estas emociones son los lazos afectivos de amistad, amor, solidaridad, y lealtad, y las emociones más específicas a las que dan origen. Juntas, ellas crean los que Goodwin (1997) llama la “economía libidinal” de un movimiento, produciendo muchos de los placeres de la protesta, incluyendo placeres eróticos. Otras emociones —llamémosles compartidas— son sostenidas conscientemente por un grupo al mismo tiempo, pero no tienen a los otros miembros del grupo como sus objetos. El grupo alimenta el enojo contra los agentes externos o la indignación frente a las políticas del gobierno. Las emociones recíprocas y compartidas, aunque distintas, refuerzan mutuamente a los miembros del grupo, construyendo así una cultura del movimiento. Cada medida de indignación compartida en contra de una planta nuclear refuerza la emoción recíproca de cariño hacia los otros precisamente porque ellos sienten de la misma manera. Ellos son como nosotros, ellos comprenden. A la inversa, el afecto mutuo es un contexto en el que se crean fácilmente nuevas emociones compartidas. Ya que simpatizas con los otros, quieres adoptar sus sentimientos. Ambos tipos de emoción colectiva fomentan la solidaridad al interior de un grupo de protesta. Ellas son fuentes de identificación con un movimiento.

Las emociones colectivas, sobre todo las recíprocas, están unidas a los placeres de la protesta. Los placeres más evidentes son los que tenemos al estar con gente que nos gusta. Otros placeres nacen de las alegrías de las actividades colectivas, como perderse a uno mismo en el movimiento colectivo o en una canción. Esto puede ser satisfactorio incluso al hacerse con extraños, quienes,

por supuesto, no se sienten ya como extraños. Articular los propios principios morales es siempre una fuente de alegría, orgullo, y realización, aun cuando es también doloroso.

Las emociones son uno de los productos de la acción colectiva, en especial los rituales internos. Los ritos colectivos les recuerdan a los participantes sus compromisos morales básicos, provocan emociones fuertes, y refuerzan un sentido de solidaridad con el grupo, un “nosotros”. Los rituales son personificaciones simbólicas, en tiempos y lugares destacados, de las creencias y los sentimientos de un grupo. El cantar y el bailar son dos actividades que a menudo se encuentran en los rituales, ofreciendo la carga emocional requerida a través de la música, la actividad física ordenada y el contacto físico (McNeill, 1995). Desde que Durkheim describió por primera vez la “efervescencia colectiva”, ha sido claro que estas actividades fueron cruciales al momento de crearla, transportando a los participantes a otro plano en el cual lo que sentían era una realidad más etérea o, por lo menos, diferente. En muchas maneras, cantar y bailar son el núcleo de la verdad en más antiguas teorías de masas, el momento en el que un grupo grande puede lograr una cierta coordinación y unidad, puede silenciar a los pequeños grupos hablando entre ellos, puede concentrar la atención de todos. Por supuesto que esta coordinación no surge espontáneamente, ya que los participantes deben saber los bailes y las letras. Es, además, difícil imaginar a todos los participantes uniéndose (McPhail, 1991). Pero Durkheim señalaba a los importantes procesos que refuerzan las emociones de formas predecibles.

Cantar era especialmente importante para el movimiento por los derechos civiles (Morris, 1984). Las líricas de canciones como “*Onward, Christian Soldiers*”, “*There’s a great day coming*”, o “*We shall overcome*”, le otorgaban autoridad bíblica a la campaña con referencias específicas a creencias y narrativas fundamentales (Watters, 1971). La liberación mediante la intervención de un gran líder —Moisés, Jesús, Martín Luther King, Jr., etc.— era un mensaje emocionalmente tranquilizador. La extensa formación religiosa significaba que casi cada todos los participantes afroamericanos conocían la música, generando de manera estridente un emotivo sentimiento de solidaridad. Las letras de las canciones son una forma de conocimiento compartido que ayuda a uno a sentirse parte de algo. Morris (1984:47) cita a King: “El himno de apertura era la vieja *Onward, Christian Soldiers*, y cuando esa imponente audiencia se ponía de pie para cantar, con las voces afuera (el edificio de la iglesia no bastaba para congregar a la audiencia) robusteciendo el coro que venía desde dentro, sonaba un poderoso sonido que asemejaba un alegre

eco bajando del cielo mismo... el entusiasmo de los miles de personas barría con todo como una ola gigantesca”. No es fácil imaginar materiales emocionales más poderosos.

## **Declive y suspensión**

Muchas de las mismas emociones que ayudan a explicar los orígenes y el desarrollo de los movimientos sociales también contribuyen a su declive. Como Goodwin (1997) muestra, el amor y la atracción erótica pueden sacar a parejas de los movimientos y llevarlas a la vida privada. La frustración puede hacer que los grupos cambien de táctica o se disuelvan. Los celos, la envidia, el enojo y el odio son sentimientos que pueden dividir grupos. Para Hirschman (1992), la gente se retira de la esfera pública a la privada porque “la participación en la vida pública ofrece sólo la insatisfactoria opción demasiado-muy poco que está destinada por ende a decepcionar de una u otra manera” (120). Votar ofrece poca participación; los movimientos sociales exigen demasiada. Nos volvemos adictos a las actividades de protesta, le dedicamos enormes cantidades de tiempo y al final terminamos exhaustos; tenemos expectativas irreales respecto al cambio social y nos decepcionamos fácilmente. La descripción que hace Hirschman de estas dinámicas depende (generalmente de manera implícita) de emociones tales como la excitación, la decepción, y la frustración: “los cambios de la vida privada a la pública están marcados por expectativas salvajemente exageradas, por sentimientos ciegos, y por cambio repentinos” (102). Excepto en el extraño caso en donde un movimiento social consigue sus objetivos, es complejo imaginar a un individuo abandonando sus rutinas de protesta sin experimentar fuertes emociones.

Las emociones, sobre todo las afectivas, también dan apoyo a los movimientos en sus fases menos activas. En su discusión sobre las “estructuras de suspensión” a través de las cuales los movimientos sobreviven entre periodos de movilización de masas, Taylor (1989; también Rupp y Taylor, 1989) reconoce el papel de las emociones sin profundizar en qué tanto estas permean todas las dimensiones de las estructuras que menciona (la continuidad a través del tiempo, el compromiso deliberado o consciente, la exclusividad, la centralización y la cultura). En su ejemplo, estas dimensiones permitieron al Partido Nacional de las Mujeres (*National Women's Party*) proveer al renaciente movimiento de las mujeres de los años 60 con redes de activistas, objetivos y opciones tácticas, además de una identidad colectiva. Excepto por los objetivos y las

tácticas, estas contribuciones (como las dimensiones) dependen fuertemente de las emociones para lograr su efecto causal. La dimensión de tiempo, como Taylor la describe, ofrece una sensación de comunidad y una continuidad de pertenencia, pero sus citas tomadas de los participantes contienen palabras emocionales como “emocionante”, y “edificante”. El compromiso deliberado o consciente, la exclusividad, la centralización y la cultura también tenían el efecto de reforzar un fuerte sentido de comunidad entre un pequeño grupo de activistas (lo que a su vez produjo la red de activistas y la colectividad colectiva). “Los vínculos personales de amor y amistad entre miembros fueron una importante idea cultural. Una disposición para configurar relaciones personales en torno a la causa fue, en gran medida, lo que hizo posible el intenso compromiso de los miembros.” (Taylor, 1989:769). Muchos activistas eran en realidad pareja, y muchos sentían una intensa devoción hacia el líder del partido. Como otros esfuerzos por comprender los efectos de la cultura del movimiento interno, este se podría beneficiar de una más directa observación de las dinámicas emocionales.

## **Conclusiones**

Las emociones brindan a las ideas, ideologías, identidades e incluso a los intereses su poder para motivar. Justo como estas deben responder a redes cognitivas y a visiones morales, los organizadores y los participantes de movimientos apelan y construyen sobre emociones previamente existentes, tales como el miedo, la indignación, o el amor. Algunas de estas emociones son respuestas temporales a acontecimientos; otras son vínculos afectivos duraderos. Casi todos los conceptos importantes usados para explicar el reclutamiento en la protesta, hemos visto, descansan sobre sus poco teorizadas dimensiones emocionales.

Una vez generada, la protesta misma es colmada con una variedad de emociones. Algunas de ellas son importantes porque son compartidas por miembros de un grupo de protesta. Otras son sentimientos mutuos que los miembros de un grupo de protesta o movimiento sienten hacia el otro. Algunas dinámicas emocionales mantienen a las personas dentro de un movimiento; otras las alejan. Las emociones ayudan a explicar las redes y comunidades a través de las cuales los movimientos sobreviven aun estando suspendidos. Estas emociones también ayudan a explicar, sospecho, no sólo la constante lealtad, sino también las elecciones de las tácticas a utilizar, las formas organizacionales y los cismas o escisiones al interior (Jasper, 1997: cap. 10).

Scheff (1994:65) lamenta la desaparición de las emociones de la explicación del conflicto político: “las emociones llevan una vida sombría en estos días. La vergüenza, particularmente, ha desaparecido de la discusión, junto con otras emociones y motivos personales. El deseo de posesiones o de poder es visto como algo real; la búsqueda del honor, por el contrario, es vista como irreal... Los científicos sociales, como muchos otros en nuestra civilización, se avergüenzan demasiado de las emociones como para otorgarles atención como elementos causales”. La mayoría de los científicos sociales imitan la tendencia de las sociedades modernas al denigrar a las emociones y entenderlas como lo opuesto a lo racional. Esto es especialmente cierto en el estudio de la acción política en el nivel macro, pues las emociones son relegadas a un nivel “psicológico” aparentemente irrelevante a grandes fenómenos como los movimientos sociales. Aquellos que simpatizan con los manifestantes asumen que su racionalidad se encuentra de alguna manera en juego. Sólo hablan de emociones cuando se trata de estudiar Nazis, el pánico moral, y otros movimientos que no les gustan.

El fantasma de la irracionalidad aparece cuando asumimos que las emociones —sean concebidas como “pasiones” momentáneas o como lealtades obstinadas— nos llevan a hacer cosas que normalmente no haríamos o que “realmente” no querríamos. Pero incluso las más fugaces emociones están firmemente arraigadas en creencias morales y cognitivas que son relativamente estables y predecibles. Además, la mayoría de las emociones, lejos de subvertir la consecución de nuestros objetivos, nos ayudan a definir nuestros objetivos y nos motivan para poder conseguirlos. Cuando las acciones de los manifestantes son contraproducentes, a menudo es porque sus oponentes han trabajado para describirlas de manera negativa. La rabia del *Sheriff* sureño es una parte importante de lo que lo anima, incluso cuando los manifestantes pueden manipular su furia de una manera estratégica en su contra. Las acciones pueden ser erróneas o perjudiciales para la acción estratégica, pero estas nunca se basan solamente en emociones. Las emociones pueden ser, además, reaprendidas si lastiman sistemáticamente la propia posición.

En la oleada de trabajos sobre las dimensiones culturales de los movimientos sociales, las emociones han sido dejadas de lado en favor de las dimensiones cognitivas de la cultura. En su deseo por demostrar la racionalidad de los movimientos de protesta, los actuales investigadores parecen haber concluido erróneamente que las emociones eran inevitablemente irracionales y que, por ende, deberían ser minimizadas en sus modelos de investigación. Un resultado frecuente, una

vez que los compromisos afectivos básicos son pasados por alto, es que la única motivación que le queda a los manifestantes es el interés personal o de grupo. Las dinámicas emocionales, junto a la moralidad y la cognición, están por doquier dentro de la vida social y difícilmente convierten a la acción en irracional. Sólo a causa de la parcialidad de los investigadores las emociones han sido estudiadas como si fueran irracionales o destructivas. Al mismo tiempo, los organizadores de protestas trabajan duro para construir estas emociones. Ha llegado el momento de adoptar un enfoque cultural más pleno respecto a los movimientos sociales y a la vida social en general.

### **Agradecimientos**

Gracias a Jeff Goodwin, Sarah Rosenfield, Christian Smith, y a tantos revisores anónimos por sus comentarios a mis borradores. Gracias a las audiencias en las universidades de Princeton y Rutgers por las sugerencias generales.